

## LA NARRATIVA PRIMERA DE FABIÁN DOBLES: UN ANÁLISIS SOCIOHISTÓRICO DE AGUAS TURBIAS

*Ruth Cubillo Paniagua\**

### RESUMEN

En este trabajo se analiza la novela *Aguas Turbias*, del escritor costarricense Fabián Dobles, desde una perspectiva sociohistórica, pues se integra el análisis contextual, que en este caso nos ubica en la Costa Rica de las décadas de 1930 y 1940. Asimismo, se efectúa un acercamiento al texto desde la perspectiva de la construcción de las subjetividades de los personajes más importantes de la novela, tales como Juan Ramón López, Ninfa Ledezma y Lencho Ledezma.

**Palabras clave:** Literatura costarricense, generación del 40, novela realista.

### ABSTRACT

The present work analyzes the novel *Aguas Turbias*, by Costa Rican writer Fabián Dobles, from a socio-historic perspective. The contextual analysis of 1930- and 1940-Costa Rica, as well as an approach to the text from the perspective of subjectivity construction of the most important characters, Juan Ramón López, Ninfa Ledezma and Lencho Ledezma, is presented here.

**Key Words:** Costa Rican, the Generation of the 40's, realistic novel

*“...los hombres, son como las aguas turbias... Esas son las palabras que les quen... Usted ve: una agua turbia no está toda mala. Es agua limpia y tierra. Si usted pudiera sacale la tierra, quedaría el agua limpia. Pero, la tierra hace que tuitica el agua se vea sucia, y no la beban ni los animales... Hay hombres güenos y hombres malos (...) Pero lo malo hace que todos seamos malos, y nos tiremos unos con otros. Uno mesmo es asina. Tiene partes jodidas y partes güenas(...) Asina es la cosa en el mundo. Si pudiéramos sacale la tierra y dejale solamente el agua.” (Dobles, 1993:225)*

---

\* Filóloga. Doctora en Literatura por la Universidad Autónoma de Barcelona. Docente e investigadora de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de la Universidad de Costa Rica.  
*Recepción: 28/11/07 - Aceptación: 5/12/07*

## 1. Una necesaria introducción

En 1940 un jurado integrado por Roberto Brenes Mesén, Joaquín García Monge, Rogelio Sotela, Alejandro Alvarado Quirós y Marco Aurelio Zumbado seleccionó tres novelas como ganadoras del primer lugar por Costa Rica del Concurso Latinoamericano de Novela patrocinado por Farrar & Reinhart. Esas tres novelas fueron: *Por tierra firme*, de Yolanda Oreamuno, *Pedro Arnáez*, de José Marín Cañas, y *Aguas Turbias*, de Fabián Dobles. En su fallo el jurado recomendó vivamente otras dos novelas: *El Valle Nublado*, de Abelardo Bonilla, y *11 Grados de Latitud Norte*, de León Pacheco. La primera edición de la novela de Dobles vio la luz en 1943 gracias al esfuerzo que realizaron José Joaquín Trejos y Enrique Macaya L., quienes crearon la editorial Letras Nacionales, con el fin de publicar inicialmente las novelas ganadoras de este premio, aunque *Por tierra firme* nunca llegó a publicarse debido a que al parecer su autora decidió destruir los originales. No obstante, la novela que inauguró la fructífera labor de esta casa editorial no fue ninguna de estas, sino otra novela de Dobles, *Ese que llaman pueblo* (1942), que, según señala el autor, fue organizada y escrita con posterioridad a *Aguas Turbias*.

Estos autores, junto a otros tales como Joaquín Gutiérrez Mangel, Adolfo Herrera García, Carlos Luis Fallas, Francisco Amighetti, Fernando Centeno Güell, Alfredo Cardona Peña, Isaac Felipe Azofeifa y Eunice Odio, constituyen la llamada “generación del 40”, la cual dio continuidad a la labor iniciada por la generación previa, aquella bautizada por Álvaro Quesada como la “generación del Repertorio Americano”, que evidenció claramente en sus producciones la existencia de una ruptura con el modelo oligárquico liberal y, con ello, la ruptura del modelo de identidad nacional que prevaleció en nuestro país hasta ya bien entrado el siglo XX. Este punto de quiebra evidenciado por la generación del Repertorio anunciaba también, quizá de forma un tanto premonitoria, el advenimiento de una profunda crisis social que comenzó a gestarse en la década de 1930 y experimentó su momento de mayor crispación en

1948, cuando estalló la guerra civil. No podemos olvidar que en el ámbito internacional el mundo asistía con horror a acontecimientos tan cruciales como la guerra civil española (1936-39) y la segunda guerra mundial (1939-1945), los cuales también ejercieron un fuerte impacto sobre la “pacífica” Costa Rica.

Otra característica relevante de buena parte de la narrativa de la generación del 40 es que se mantiene en un diálogo constante con “discursos extraliterarios que forman parte del contexto social y cultural de la época y que se incorporan de muy diversas formas en estos textos.” (Quesada, 2000:54) En el caso de *Aguas Turbias* se evidencia el diálogo con discursos políticos (fraude electoral en elecciones cantonales y distritales como muestra de lo que sucedía en las elecciones nacionales) y sociales (el discurso comunista o socialista).

La generación del 40, además de continuar profundizando en esta idea de quiebra, ruptura y crisis, experimentó con nuevas formas de narrar y procuró integrar -de manera más armoniosa y mejor lograda- los objetivos del realismo social con el desarrollo de las subjetividades de los personajes, es decir, sin dejar de preocuparse por los problemas sociales que afectaban a los menos favorecidos socioeconómicamente, ensayaron diversas técnicas literarias para evidenciar que sus personajes eran individuos complejos, con grandes conflictos existenciales, aquejados de angustia, soledad y miedo, y múltiples problemáticas individuales, más allá de las colectivas o sociales.

Esto es justamente lo que le acontece al protagonista de *Aguas Turbias*, Juan Ramón López Morales, y en menor medida, a la protagonista, Ninfa Ledezma Carvajal. A continuación veremos porqué. Aunque el narrador omnisciente no nos brinda datos suficientes para conocer la ubicación temporal exacta del relato, fácilmente el lector puede advertir que se trata de la Costa Rica de la década de 1930. En el nivel espacial, el primer párrafo del relato nos ubica en el ámbito rural, en un pequeño pueblo del Valle Central: “A cuatrocientos metros sobre el nivel del mar está el barrio de Concepción. Pero el mar queda lejos. Aquí reinan los potreros verdes, los caminos de

barro, las cercas de jocotes frondosos, y se halla el agua en las quebradas cristalinas(...)" (Dobles, 1993: 225)

Tanto Ninfa como Juan Ramón son individuos transgresores del orden social establecido y viven en una sociedad que posee mecanismos de exclusión o marginación claramente establecidos. Comencemos por analizar el caso de Juan Ramón, cuya subjetividad se nos presenta bastante más compleja que la de Ninfa y otros personajes de la novela como Ña Rafaela, Ñor Bermúdez o Lencho.

## 2. Juan Ramón López: un hombre en crisis

Al inicio del relato Moncho es presentado por el narrador omnisciente como un joven muy seguro de sí mismo, escandaloso, irreverente, valiente, rebelde, temido por todos y odiado por muchos; enamorado de Chela Bermúdez, la hija del gamonal (y prestamista) del pueblo y decidido a casarse con ella a como dé lugar. A medida que avanza la novela nos damos cuenta de que Juan Ramón es un hombre que posee un gran conflicto interior, pues aunque es hijo de campesinos y dueño de un poco de tierra, él prefiere dedicarse al alambique que, al igual que la tierra, heredó de su difunto padre. Esto implicaba dos cosas: 1. que Moncho no era un campesino "normal" puesto que no sentía ese amor profundo que todo buen campesino siente por el pedazo de tierra, en especial cuando le pertenece, 2. que Moncho prefería dedicar todo su esfuerzo a una actividad ilícita, perseguida y castigada por el gobierno: la fabricación de guaro de contrabando. Por esta razón, durante buena parte de la novela (consta de cuatro partes, cada una de las cuales posee un número similar de páginas), concretamente hasta el final de la tercera parte, el narrador se refiere a Juan Ramón como "el contrabandista" y no como "el campesino". La identidad de este personaje no era, en efecto, la de un campesino costarricense, sino la de un contrabandista de guaro: "Siempre terminaba por decirse a sí mismo –aunque sin convencerse por más que no lo entendiera así– la frase aquella con que había dado en pretextar su

obcecación: 'la tierra no se hizo pa yo; pa yo se ha hecho el alembique; no me jodan.' " (Dobles: 1993:193)

En este punto resulta conveniente detenerse para tratar de definir lo que se está entendiendo aquí por campesino, puesto que es de vital importancia para las páginas que siguen. Aunque no es posible conocer la definición concreta de campesino empleada por Dobles en esta novela, algunos pasajes del texto sí nos brindan una idea aproximada de ello: "(...) ¿puede un campesino esencialmente, desde la entraña, alejar definitivamente de su espíritu el olor y el llamado del humus, del sembradío y del grano? (...) Juan Ramón, fundamentalmente, es un campesino. Tiene su vida repleta de verde, de aroma, de surco abierto, de canto de pájaro, de sudor de buey." (Dobles, 1993:197-198)

El término "campesino" comúnmente se ha empleado en Costa Rica con tres significados básicos: agricultor, habitantes de las zonas rurales y pequeños productores agropecuarios. (Rodríguez, 1993:17) Las citas anteriores nos permiten plantear que Dobles emplea en su novela la acepción de agricultor, aunque las otras dos se entremezclan con la primera en el caso de Juan Ramón. Ahora bien, particularmente asumo que el campesino constituye un cierto sector social, "cuyos miembros se caracterizan por formar parte de una 'unidad económica campesina' (...) aquellas unidades productivas en las que no existe separación entre la fuerza de trabajo y los medios de producción. Son al mismo tiempo unidades de producción y consumo, siendo el núcleo familiar la base de su actividad productiva. Estas unidades controlan 'a modo de propietarios' los medios de producción, entre los cuales la tierra es el más importante. La fuerza de trabajo es proporcionada por la familia y se complementa con la contratación eventual de mano de obra asalariada." (Rodríguez, 1993:17-18). Juan Ramón, y con él la familia López Morales, calzan a la perfección con esta definición de campesinos propietarios.

Pero el problema de Moncho era un poco más grande, pues no solo no amaba la tierra, como todo "buen campesino", sino que la odiaba y en ese odio escondía el odio hacia

toda la humanidad, pues desde pequeño había descubierto que no todos los seres humanos eran buenos y que, como en las aguas turbias, el agua clara se confunde por completo con la tierra que la ensucia; en el aislamiento de su alambique Moncho se sentía pleno y feliz:

“Moncho no se parece en nada al difunto; éste amaba su tierra y si llegó a fabricar guaro fue porque la necesidad de hacer algún dinero para salvarla cuando estuvo a punto de írsele toda de las manos, lo llevó hasta allí. Y el niño, que conoció muy temprano los surcos y un poco más tarde el alambique, se apegó a este y dejó que la viuda de López se entendiera con las siembras, que ya no pudieron ser las mismas que hacía el tata, en lo gordas y productivas. Juan Ramón, aunque no lo sabe, le tiene aprensión a la tierra. Él quisiera sembrarla y quererla, a veces perdidas, pero cuando se le acerca experimenta como una desazón inmensa. (...) Es mucho mejor pasarse las noches en el bajo donde hace el aguardiente(...) Si va rumbo a su saca, qué llenura en sus pulmones, qué fuerza en sus brazos y qué disposición la de sus nervios.” (Dobles, 1993: 52-53)

Ña Rafaela, la madre de Moncho, sufría amargamente por esta actitud de su hijo y procuraba convencerlo de la necesidad de amar a la tierra, volcarse sobre ella y poner en ella todo su esfuerzo y dedicación, pero Juan Ramón prefiere correr el riesgo, pues ama el peligro. Hay una sola cosa que atormenta al protagonista y que en sus ratos de soledad en el alambique se le revive hasta hacerlo sufrir angustia: el asesinato de Chepe González, quien murió a manos de Moncho en un duelo por una cuestión de honor (Juan Ramón deshonoró a la hermana de Chepe y este lo retó, pero de la contienda uno de los dos no saldría vivo; la destreza y habilidad con que Moncho manejaba el cuchillo le permitieron salir con vida). A Moncho nunca pudieron probarle este crimen, aunque casi todos en el pueblo estaban convencidos de que el asesino había sido él; sin embargo, pocos años más tarde Juan Ramón cayó preso por contrabandista: fue delatado, a cambio de dinero, por un campesino foráneo, Tremedal Méndez, que habitaba en el pueblo hacía pocos meses, a quien los cien pesos de la recompensa le sentarían de maravilla debido a sus enormes apuros económicos.

Los largos meses en prisión no fueron suficientes para generar en Juan Ramón la vuelta a la tierra, aunque su identidad de rebelde contrabandista se vio cuestionada y maltrecha, con lo cual al salir se convirtió en un hombre silencioso, taciturno y solitario, pero todavía rebelde y todavía contrabandista, pues en cuanto pudo se instaló de nuevo una saca y continuó produciendo aguardiente. Pero mientras estuvo encarcelado sucedió un hecho significativo para el protagonista: conoció a un hombre que estaba preso por haber defendido un pedazo de tierra abandonada al cual se había aferrado con todas sus fuerzas para subsistir junto a su familia, tierra que, por desgracia, no le pertenecía legalmente (la tierra tenía otro propietario legal que poseía las escrituras del terreno); en el momento del desalojo, el valiente campesino, enfurecido por lo que para él no era más que una tremenda injusticia, hirió al propietario con la cruceta y por eso estaba preso. Esto hizo reflexionar a Juan Ramón sobre su propia vida y sobre lo que haría al salir de prisión, pues él, que sí era propietario, continuaba siendo un desagradecido, un desnaturalizado, un mal hijo de la tierra madre (y de la otra madre también).

A estas alturas del relato, cuando Moncho sale de la prisión, el narrador nos aporta información sumamente valiosa para comprender por qué el protagonista no ama la tierra y prefiere dedicarse a una actividad indigna e ilegal: “No es el esfuerzo lo que lo cansa, lo que él odia. Tiene el músculo duro y activo, porque así nació y así habrá de morir. No: es el trabajo obligado lo que malquiere; es el hombre atado a las faenas diarias, que siente que son impuestas. Hay en él, algo de más libre, de indisciplinado, de **ángel malo en el paraíso penumbroso de los campesinos**. Un sentimiento de querer ser él solo, mandarse, irse por sus caminos interiores(...) Y por sobre todo eso, un sentimiento que antes apenas si tenía, y que fue creciéndole vigoroso durante sus largos meses de presidio: su odio indeterminado hacia los hombres, su resquemor profundo y casi inconsciente contra sus normas y mandatos. He aquí a un rebelde sin objetivo fijo, a un rebeldía que no se conoce a sí misma.” (El destacado no es del original. Dobles, 1993: 175-176)

Ante nosotros la clave, la explicación de porqué Juan Ramón no es un campesino común y corriente: este hombre no es un labriego sencillito, no se resigna a vivir de aquello que sus manos puedan arrancarle a la tierra, este hombre es un ángel malvado que no desea acostumbrarse a vivir en ese **paraíso penumbroso** (nunca mejor planteada la grave contradicción) propio de los campesinos ticos, quienes en medio de su pobreza han sido educados para creer en Dios y agradecerle por el pan de cada día, para ser bonachones y gentiles, pacíficos y, sobre todo, para resignarse con lo poco que tienen y aceptar que la recompensa no está en esta tierra sino en el más allá (tópico barroco que no cesa de repetirse). Juan Ramón se rebela contra la idea capitalista del tiempo y la disciplina en el trabajo.

Esto es precisamente lo que Ña Rafaela trata de hacerle entender a su hijo cuando él duda: "(...) no debe desalentarse. Dios mira todas las cosas. Ya vendrá su recompensa. El Todopoderoso tarda, pero no olvida. Lo importante es no perder la confianza en él. Y, en todo caso, para los buenos se ha hecho la gloria eterna... Esta vieja tiene fincado su espíritu más allá del mundo. Pero Juan Ramón (...) no siente así. Cree en el cielo, pero no espera de él lo mismo que su madre. Juan Ramón vive en la tierra(...)" (Dobles, 1993:224) Es clara la crítica al discurso religioso de tradición judeocristiana, imperante en Costa Rica hasta el presente, pero aún más arraigado en aquellas primeras décadas del siglo XX.

La única fuerza que sí logra operar el "ansiado cambio" en Juan Ramón, el retorno a la tierra, es EL AMOR. Cuando se enamora de Ninfa y le propone que se casen ella le pone una sola condición: que abandone el alambique y se dedique a cultivar la tierra. Este hombre se ve enfrentando a un grave conflicto interior, pues dentro de él se debaten sentimientos encontrados: por un lado, desea agrandar a Ninfa y a su madre y honrar la memoria del padre, pero por otro lado, no desea perder su libertad ni rendirse a la sumisión que para él implica doblegarse sobre la tierra para hacerla producir, no desea depender de su finca para subsistir, no desea abandonar el alambique, no desea dejar de ser rebelde, no desea renunciar a su identidad de contrabandista

y, sobre todo, no desea ser un campesino. Esto es lo que nos dice el narrador de este hombre que atraviesa una crisis existencial:

"Es un hombre que ha roto una muralla en su hondo conflicto, que ha sacudido una larga pereza de años. Al hacerlo, hay revueltos en su espíritu un sinnúmero de emociones y sentimientos. Aquello sabe dulce y al mismo tiempo áspero. La cólera se le une al regocijo. Una sensación de estar profundamente satisfecho se confunde con otra de estarse teniendo rencor. Es la convicción de haber estropeado y deshecho algo que había llegado a construir casi su naturaleza, al par que la conciencia vibrante y amarga de percibirse adquiriendo una nueva responsabilidad(...) Al hacer lo que ha hecho, él ha sabido eso, y lo ha efectuado a pesar de todo, quebrando su orgullo, pasando por sobre el cadáver de Juan Ramón rebelde, tal como hasta ahora lo entendía. Sí, ha adquirido la responsabilidad de la tierra(...) Todo eso se va denotando en el rostro del campesino, en el movimiento de sus brazos y en la actitud definitivamente inclinada de su cuerpo, que se ha agachado para besar la tierra, ya totalmente, como en un entrega... Para besar la tierra por su propio gusto, por su propia determinación. Y aquello es amargo, dulce, fuerte y también tierno." (Dobles, 1993: 192)

Sin embargo, podríamos decir que Juan Ramón sucumbe, cae y es domesticado por la tierra-mujer (madre-esposa). Así lo expresa Ña Rafaela el día que Moncho decide volver a la tierra y abandonar la saca: "¡Hay que hacele un güen almuerzo, porque se lo merece! Quién quita que si lo pasturiamos bien, se apegue a la casa y siga trabajando aquí." (Dobles, 1993:189)

El narrador plantea que todo esto sucede porque, en lo profundo de su ser, Juan Ramón fue siempre un campesino y la llamada de la tierra es muy poderosa; no obstante, el texto mismo nos da razones para creer que la vuelta a la tierra se debió más a las fuertes presiones sociales experimentadas por el protagonista, las cuales tenían por objetivo lograr que el joven "sentara cabeza".

Juan Ramón volvió a la tierra, pero al parecer esta también le guardaba cierto rencor al desapegado campesino, pues en los cuatro años que estuvo labrando con gran esfuerzo las diez manzanas de su finca, las cosas le salían mal, las deudas aumentaban, la familia se hundía en el

fracaso y crecían el desaliento y la ira contra la humanidad. Desde una perspectiva marcadamente naturalista determinista, el narrador omnisciente nos dice de Moncho: “(...) lentamente ha venido sintiendo que algo que él no puede controlar, que una fuerza obligada e injusta se le impone constantemente, lo hiere en medio de su carne de campesino con obligaciones y familia. Él cree en Dios, como todos los hombres que hunden sus manos en la tierra (...) (pero) Juan Ramón no atribuye al cielo, al cielo injusto de otros campesinos, todo lo que le ha sucedido en estos años.” (Dobles, 1993:219-220)

Al percatare este hombre de que sus desventuras –como las de todos los campesinos pobres- no son atribuibles a designios divinos, sino que se originan en injusticias humanas, en desigualdades sociales, en extrañas reparticiones de bienes, asistimos a un acontecimiento sumamente relevante en la vida de este protagonista y, en general, de Moncho como personaje literario de una novela costarricense: el nacimiento de su conciencia social. Y de nuevo Juan Ramón saca a flote su rebeldía, su inconformidad, su incapacidad para la fácil resignación, y se nos presenta como un individuo totalmente identificado con las ideas comunistas y socialistas que justamente en la década de 1930 se esparcían como pólvora por todo el territorio nacional, ideas que la mayoría de escritores de la generación del 40 también compartían. Al respecto, el texto señala:

“(...) Moncho cuenta a la vieja que un día, cuando andaba en la Candelaria (...) conoció a un hombre, campesino como él, el cual decía cosas muy interesantes, muy nuevas. Había llegado a la pulpería del barrio, con unos librillos dentro de una alforja, para repartirlos entre los hombres. (...) el campesino foráneo, mal vestido y flaco, empezó a hablarles del mundo y de política y de cosas que él no entendía bien. Decía que todos los hombres podían llegar a ser verdaderamente hermanos, si se empeñaran, si estuvieran dispuestos al sacrificio y a la lucha. Que la tierra podría convertirse en una especie de (¿cómo fue que dijo?) hacienda o finca para todos, donde todos trabajaran y todos vivieran. Que era cuestión de empeño y buen corazón... y, más que todo, conocer las cosas, estudiarlas(...) Él ya había venido pensando en aquellas cosas, pero no lograba verlas tan claras como se explicaban allí...” (Dobles, 1993: 225-226)

Tanto la creación del Centro de Estudios Sociales Germinal en 1912 por parte de intelectuales pertenecientes a la generación del Repertorio Americano (entre ellos Omar Dengo, Billo Zeledón y Joaquín García Monge) como la fundación del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales en 1940 (de donde luego surgió el Partido Socialdemócrata), al cual pertenecieron algunos de los escritores pertenecientes a la generación del 40, obedecieron en parte a esa necesidad de “conocer las cosas, estudiarlas”; aunque de naturalezas un tanto diversas, ambos centros de estudios tenían entre sus objetivos el análisis detallado de las principales problemáticas sociales que aquejaban al país, así como la labor de “generar conciencia social” entre los menos favorecidos social y económicamente. Álvaro Quesada señala que los novelistas de la generación del 40 se nutrieron en buena medida de las relecturas o reinterpretaciones que Carlos Monge Alfaro y Rodrigo Facio hicieron de la historia oficial costarricense, así como del discurso revolucionario marxista, lo cual resulta más que evidente en esta novela de Fabián Dobles, pues estamos ante un protagonista que, lejos de ser un “campesino pintoresco y folclórico, inmerso en el tiempo cíclico y la organicidad ritual del cuadro costumbrista, se inserta ahora definitivamente en el tiempo lineal de la novela, marcado por las luchas de clases, los conflictos sociales y las transformaciones históricas(...) en la novela del 40 –continúa Quesada- (...) el poder oligárquico deja de estar asociado a la noción de progreso para pasar a ser el símbolo de la enajenación; la idea de progreso aparecerá ligada en estas novelas a la posibilidad de destrucción revolucionaria del orden establecido, en un proceso dialéctico que debe llevar de la experiencia individual de la desposesión y la enajenación, a la conciencia de clase, a la lucha colectiva por la emancipación de los explotados y a una reforma agraria.” (Quesada, 2000:57-58)

En la década de 1920, el Partido Reformista, liderado por Jorge Volio, fue uno de los primeros en contemplar dentro de su programa ideológico el problema de la tierra y en hablar de la necesidad de realizar una reforma agraria,<sup>1</sup> idea que probablemente no fue muy

bien recibida por los líderes liberales, quienes controlaban los espacios de poder en este país; posteriormente, en la década de 1930, muchas de estas ideas reformistas fueron retomadas por el Partido Comunista, que las ajustó a sus objetivos y las planteó de forma un tanto más radical. “Allí, en el campo y la ciudad, la idea de una mejor distribución de la riqueza y de la tierra, se alimentó de la conflictividad social que se manifestaba cada vez de forma más evidente.” (Picado y Silva, 2002:36)

Ahora bien, a pesar de que agrupaciones políticas de tan diversas posturas ideológicas como los reformistas, los comunistas, los socialdemócratas e incluso los socialcristianos consideraban que una mejor distribución de la tierra era indispensable para disminuir algunos de los más graves problemas sociales, entre ellos la pobreza rural, hacia finales de la década de 1950 se comenzó a abordar este problema desde una perspectiva un tanto más compleja: poseer la tierra, ser propietario de ella era necesario, pero de ningún modo suficiente para eliminar la pobreza ni para lograr el desarrollo rural, ya que el campesino también requería acceso a la tecnología, capacitación, capital para invertir en su terreno, medios de transporte y caminos adecuados para comercializar sus productos sin tener que venderlos a precios injustos a los intermediarios, entre otras cosas.

Este es precisamente el problema que experimenta Juan Ramón López Morales, pues aunque es propietario de una finca de diez manzanas, se ve obligado a adquirir deudas para poder trabajar esta tierra heredada de su padre. La muerte le llega antes de saber que su familia perdería esta tierra para siempre a manos del usurero del pueblo, a quien Moncho y su madre se vieron obligados a firmarle un pagaré: “el Agente de Policía del barrio llega una mañana para decir a las mujeres que deben dejar la casa... Ha caído al fin el embargo. De allí en adelante, la finquilla llevará otro apellido (...)” (Dobles, 1993:236)

*Agua Turbias* es entonces una novela que, en cierto sentido, se adelanta a su época, pues Dobles vislumbró desde aquel momento (1940) la complejidad de un problema social que

para muchos tenía una solución clara y concreta: la reforma agraria y con ella una distribución de la tierra más justa y equitativa; pero Moncho y su familia entera sucumben a la pobreza a pesar de ser propietarios, a pesar de poseer la tierra. Al saberse vencido, lo único que le queda a este hombre es su dignidad y así lo expresa con gran claridad: “Hay mucha gente acorralada: los endeudaos, los probes, que no pueden ni moverse... Y si uno piensa que eso está güeno, pos es que le está pasando la misma de este agüío, que ya no puede aventarse de la jaula. ¡Pero si uno ve las cosas, si uno no es chanco, si uno empieza a reflexionar y a querer sacudirse la albarda, pos entonce, unque lo tengan apretao bajo un zapato, toavía es hombre, toavía no ha perdido la dinidá!” (Dobles, 1993:230)

### 3. **Ninfa Ledezma: una mujer desamparada en busca de ayuda**

La vida interior de Ninfa es, según nos hace saber el narrador omnisciente, mucho menos compleja que la de Juan Ramón, pues se trata de una mujer a la que le costaron muy caras sus transgresiones del orden patriarcal y, en consecuencia, se enfrenta a situaciones límite que la obligan a buscar continuamente apoyos o sostenes con el único fin de sobrevivir. En primera instancia, conviene señalar que Ninfa no es hija de un propietario, sino de un peón de finca cafetalera, pero a pesar de ser su padre un asalariado, el patrón tuvo “la bondad” de prestarle un pedacito de tierra para sembrar una huerta (a cargo de la hija), que producía no solo para la subsistencia familiar, sino que generaba excedentes, los cuales Ninfa se encargaba de vender en la ciudad y con ello contribuía a la economía familiar. En términos generales, Ninfa era una niña feliz, muy consciente eso sí de la autoridad paterna y de la sumisión materna: “A la madre, le tenía respeto. Mas no la consideraba en gran manera(...) Mujer, como ella, la dueña de cada no era otra cosa que la cocinera, la obediente, la callada(...) Pero todo en el hogar (...) proveía del tata; del ceñudo, musculoso y también, por qué

no, bondadoso viejo Ñor Jacinto. Ninfa sentía en su espíritu la figura de su padre como una idea vigorosa, oprimente, casi tan oprimente como la del mismo Dios. Lo masculino, allí, constituía la orden, el pentagrama y el tono. Lo femenino, y dentro Ninfa, la materia prima con que se construía la familia.” (Dobles, 1993:119-120)

La idea de esta división de fuerzas y de roles sociales que Ninfa desde pequeña tuvo bien clara no la abandonó en ningún momento de su vida, pues siempre fue una mujer dispuesta a ser sumisa y callada ante el hombre que estuviera dispuesto a permanecer en su vida. Pero muy joven Ninfa sufrió una desgracia: durante un caluroso verano, en medio de la añorada época de las cogidas de café, el joven hijo del patrón abusó ella, que era apenas una niña de 14 años, y sucedió algo terrible: Ninfa quedó encinta producto de esa violación. Este acontecimiento marca la pérdida de la honra tanto de Ninfa como del resto de su familia, al punto de tener que abandonar la casa paterna (no ya por la furia del padre sino por las continuas presiones de su hermano, el primogénito de la familia, quien en un arranque de ira dijo: “Mejor es que saquen de aquí a esa puta”, p. 129) y enfrentarse a un mundo ya de por sí cruel, pero aún más para una joven madre soltera de familia rural: “Había que hacer comprender a la hija la enormidad de su falta, la terrible herida que había abierto en la dignidad de la familia. ¡El deshonor se había metido en el recinto cuadrado de su casa!” (Dobles, 1993:128)

Pero Ninfa está convencida de que su situación, aunque difícil, tiene una solución: encontrar a un hombre que la quiera, que se case con ella y que esté dispuesto a reparar así su honra dañada. Cree haber encontrado a ese hombre y decide entregarse a él: un joven campesino que la convence de su supuesto amor y de paso la embaraza nuevamente. Sin embargo, este hombre la abandona al enterarse del embarazo y al nacer la niña Ninfa se ve obligada a tomar una de las decisiones más difíciles de su vida: entregar a su hija en adopción a una familia pudiente del pueblo. Es enorme la culpa que este acontecimiento genera en una persona como Ninfa, plenamente convencida de que las mujeres existen para ser madres. En un momento del

relato, al escuchar la narración de la leyenda de la Llorona, Ninfa se identificada profundamente con ella (ambas son malas madres que ahora sufren la consecuencia de sus acciones).

En busca de apoyo es como llega esta mujer a la casa de Ña Rafaela, quien por ser una mujer buena y en ese momento de la vida necesitada de compañía (Moncho estaba preso), recibe en su casa de Concepción a Ninfa con su hijo Lorenzo y se convierte en madre y abuela para ellos. Pero Ninfa también encuentra en este lugar al hombre que sí estuvo dispuesto a restaurarle su honra: Juan Ramón López. A pesar de las penurias económicas de la familia debido a que la tierra no rendía los frutos necesarios para salir de pobres, Ninfa era nuevamente una mujer feliz, pues ahora había reencontrado su lugar en ese orden social patriarcal que su primer embarazo había destruido.

Sin embargo, esta felicidad de la protagonista no duró demasiado (si acaso unos cuatro años), ya que sobrevino la muerte del esposo y con ella un rosario de nuevas penurias. Al final de la novela, el único punto de apoyo que le queda a Ninfa es Lencho, su hijo adolescente de 14 años.

#### **4. Lencho Ledezma: el pequeño comunista redentor**

En esta novela, en medio de tanta agua turbia Lencho representa LA esperanza (diríamos que la única), en buena medida porque fue, en su momento, terreno sumamente fértil para aquellas ideas comunistas que un día llevara Juan Ramón a su casa y que tanto asustaron a Ña Rafaela; además, Lencho, ese hijo que tanto dolor y tanta vergüenza le produjo a su madre al nacer por representar con el solo hecho de existir la culpa y el pecado, se concibe ahora a sí mismo como el redentor de la madre, como ese hombre que, cada vez con más fuerza, impedirá que Ninfa continúe sufriendo y la rescatará de la maldad del mundo. Lencho es un adolescente a quien ya le ha nacido la conciencia social y tiene la firme convicción de que las cosas pueden mejorar para las personas

como él y su madre: “Tengo que enstruime –le dice el hijo a la madre-. Dice allí que si uno no se instruye, no puede hacer nada güeno... No puede pelear por lo de uno (...) Yo sé que hay gente que quiere que las cosas cambén y que uno esté amparao... No se aflija. Yo traigo aquí cinco pesos conomizaos. Yo sé que a usted la han jodío mucho. Pero yo no soy ningún atrasao, ma, yo comprendo que usted no ha tenío la culpa. No se preocupe, ya estoy algo crecío, y no voy a dejar que nadie la maltrate más(...) ¿Cré usted, mama, que somos sólo nosotros? No, no. Hay muchos igual que nosotros. Somos muchos, ¡muchos! Y, mama, tenemos mucha juerza... unque quieran negánosla.” (Dobles, 1993:256-257)

Las ideas comunistas del joven Lencho no podían ser más explícitas (“el pueblo unido jamás será vencido”), así como lo es la propuesta del narrador de que en esas ideas se vislumbra una luz de esperanza para la humanidad.

El cierre de la novela es alentador y, lejos de dar por perdida la batalla en un mundo que para estos personajes resulta injusto y cruel, se abre un nuevo horizonte en el cual serán protagonistas las nuevas generaciones representadas por Lencho en este texto. El párrafo final de la novela es muy significativo en este sentido; por eso no podía ser otro el cierre de este trabajo:

“Ahora se ven allá lejos -(Ninfa y Lencho)-. A su espalda, detrás de un monte lejanísimo, el sol aparece, brillante y lleno de calor. Las sombras angostas de las dos siluetas se alargan hacia el ocaso, finas y casi iguales...”

Pero la sombra del hijo no es una sombra. Es la voz de la aurora.” (Dobles, 1993:257)

## Nota

- 1 Volio hablaba, a principios de la década de los veinte del siglo XX, de la creación de una legislación laboral, de la nacionalización del subsuelo y de promover la formación de cooperativas, entre otras cosas. Promovía también la autonomía municipal y la creación de una ley agraria, buscando distribuir de mejor forma las tierras de la República. El modelo de Reforma Agraria planteado por Volio tenía alcances parciales. Sugería la eliminación de los acaparamientos de tierras; exigía, además, la

devolución al Estado de las tierras no explotadas, que se encontraban en abandono evidente.” (Picado y Silva, 2002:35)

## Bibliografía

- Bonilla, Abelardo. 1981. *Historia de la literatura costarricense*. San José: Editorial Studium.
- CEPAL/FAO/OIT. 1980. *Tenencia de la tierra y desarrollo rural en Centroamérica*. San José: EDUCA.
- Cubillo, Ruth. 2001. *Mujeres e identidades: las escritoras del Repertorio Americano. 1919-1959*. San José: EUCR.
- Dobles, Fabián. 1993. *Obras completas*, tomo I. San José: EUCR/EUNA.
- Ovares, Flora et al., 1993. *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica*. San José: EUCR.
- Ovares, Flora y Margarita Rojas. 1995. *100 años de literatura costarricense*. San José: Farben Norma.
- Picado, Wilson y Margarita Silva. 2002. *De la colonización al desarrollo rural. IDA. Cuarenta años de paz social en Costa Rica. 1961-2001*. San José: IDA.
- Quesada, Álvaro. 2000. *Breve historia de la literatura costarricense*. San José: Editorial Porvenir.
- Rodríguez, Carlos. 1993. *Tierra de labriegos. Los campesinos en Costa Rica desde 1950*, San José: FLACSO.
- Solís A., Manuel. 1981. *Desarrollo rural*, San José: EUNED.

